

Competitividad

Ese extraño deseo

Pablo L. Saravia Tasayco

En 1990 se publicó la edición inglesa del libro de Michael Porter sobre la competitividad de las naciones, cuyo principal mérito es haberse concentrado en el aspecto microeconómico de la competitividad. El mismo autor lo reconoce cuando señala:

Michael Porter: ***La ventaja competitiva de las naciones***, Javier Vergara, Buenos Aires, 1991.

A pesar de lo mucho que se ha avanzado en la comprensión del aspecto macroeconómico del desarrollo, se reconoce cada vez más que la reforma macroeconómica es un elemento necesario pero no suficiente. Tienen igual o mayor importancia los fundamentos microeconómicos del desarrollo basados en la naturaleza de las estrategias de la empresa y en las instituciones, recursos y políticas que constituyen el ambiente en el que compiten las compañías¹.

Otro aporte importante a la teoría económica es el introducir el enfoque de la ventaja competitiva y sentar las bases para superar principios muy conocidos en la teoría clásica del comercio internacional, como son la ventaja absoluta de Adam Smith, la ventaja comparativa de David Ricardo y la dotación de factores de Heckscher-Ohlin.

El pensamiento de Porter, que soporta la conceptualización de la ventaja competitiva, puede ser sintetizado de la siguiente manera: la prosperidad nacional se crea, no se hereda. No surge de los dones naturales de un país, de su mano de obra, de sus tipos de interés o del valor de su moneda. La competitividad de una nación depende de la capacidad de su industria para innovar y mejorar. Las empresas logran ventaja frente a los mejores competi-

PABLO L. SARAVIA TASAYCO: economista peruano; profesor-investigador y actual coordinador de la Maestría en Administración de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Autónoma del Estado de México.

dores del mundo a causa de las presiones y los retos. Se benefician de tener fuertes rivales nacionales, proveedores dinámicos radicados en el país y clientes nacionales exigentes. En un mundo en que la competencia es cada vez más internacional, las naciones resultan más importantes –y no menos. Como la base de la competencia se ha desplazado cada vez más hacia la creación y asimilación de conocimientos, ha aumentado la importancia del papel de la nación. La ventaja competitiva se crea y mantiene a través de un proceso muy localizado. Las diferencias de una nación en valores, cultura, estructuras económicas, instituciones e historia contribuyen todas ellas al éxito competitivo. Existen diferencias sorprendentes en los patrones de competitividad en cada país; ninguna nación puede ni podrá ser competitiva en todos los sectores, ni siquiera en la mayoría de ellos; en definitiva, las naciones triunfan en sectores determinados debido a que el entorno nacional es el más progresivo, dinámico y estimulante.

Este nuevo enfoque acerca de la competitividad, desde una perspectiva microeconómica, ha abierto el debate sobre el tema desde principios de los años 90. Al respecto, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), durante los primeros años de esa década, sistematizó los diversos enfoques de la época y lo denominó competitividad estructural. La definición pone énfasis en la innovación como factor central del desarrollo económico; una organización empresarial situada más allá de las concepciones tayloristas y capaz de activar las potencialidades de aprendizaje e innovación en todas las áreas operativas de una empresa; y por último, redes de colaboración orientadas a la innovación y apoyadas por diversas instituciones y por un contexto institucional capaz de fomentar la innovación².

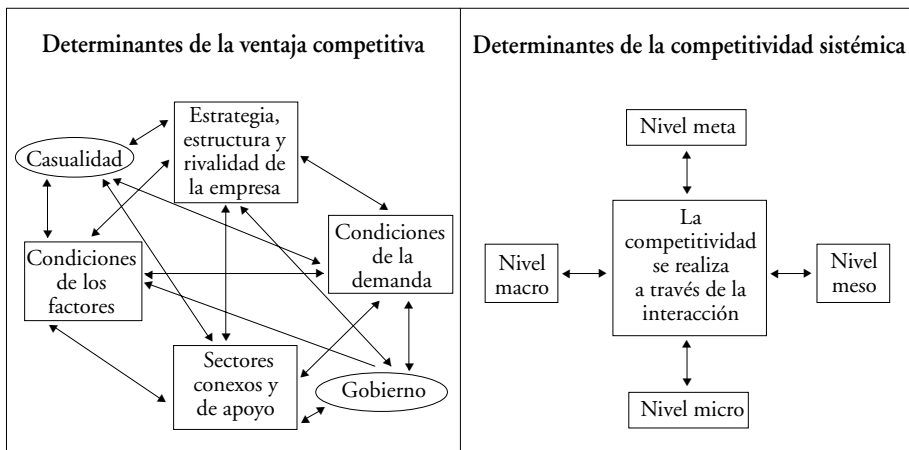
Klaus Esser introduce el concepto de competitividad sistémica a la mesa de discusión y señala que hay dos elementos que lo diferencian de las demás definiciones: el primero, es la distinción entre cuatro niveles analíticos (meta, macro, meso y micro), siendo en el nivel meta donde se examinan factores como la capacidad de una sociedad para la integración y la acción estratégica, y en el nivel meso donde se estudia la formación de un entorno capaz de fomentar, complementar y multiplicar los esfuerzos de las empresas; el segundo es la vinculación de elementos pertenecientes a la economía industrial, a la teoría de la innovación y a la sociología industrial con los argumentos esgrimidos en el reciente debate sobre gestión económica desarrollado en el plano de las ciencias políticas en torno de las redes políticas³. En este mismo contexto, la Cepal señala, en los años 90, que la transformación productiva con equidad ha de lograrse en el contexto de una mayor competitividad interna-

cional. Afirma que ésta debe sustentarse más en una incorporación deliberada y sistemática del progreso técnico al proceso productivo (con los consiguientes aumentos de productividad), y menos en la depreciación de los salarios reales. Se enfatiza el carácter sistémico de la competitividad⁴. En 1992 se ratifica la posición cepalina sobre el tema, y se dice que la transformación productiva se sustenta en una incorporación deliberada y sistemática del progreso técnico, conducente a elevar la competitividad internacional. Se trata de una competitividad auténtica que lleva a elevar el nivel de vida⁵. En 2000, aparte de reafirmarse en su esfuerzo decidido a mejorar la competitividad sistémica mediante el diseño de una política tecnológica, rescata del pensamiento de Porter el concepto de formación de complejos, agrupamientos o conglomerados productivos (*clusters*) como estrategia de desarrollo productivo⁶.

En definitiva, tenemos que en los años 90, a partir de lo escrito por Porter, se redefine la conceptualización de la competitividad desde una perspectiva microeconómica, dándole un lugar especial a las empresas. Son las empresas, no las naciones, las que compiten en los mercados internacionales, afirma el economista de la Escuela de Negocios de Harvard.

El concepto de competitividad está en boga. América Latina y el Caribe no han sido ajenos al debate y actualmente predominan en el escenario tanto el enfoque de la ventaja competitiva de Porter como el de la competitividad sistémica de Esser, y dentro de esta última la Cepal agrega la idea de la competencia auténtica y los *clusters*.

La diferencia entre la ventaja competitiva y la competitividad sistémica radica en los componentes de los determinantes de competitividad:



En ambos enfoques los determinantes interactúan. Es decir, el efecto esperado de uno de los condicionantes dependerá en gran parte de la forma como actúen los demás. Evidentemente, Porter le asigna un mayor peso a la acción de las empresas mientras que en el libro de Esser se destaca el papel de los niveles meta y meso, estrechamente vinculados a la actividad del Estado y los actores sociales. Mientras que las políticas en el nivel macro se van haciendo homogéneas a escala mundial, las localizaciones industriales difieren mucho de un país a otro. El «diseño» de esas localizaciones está determinado en primera línea por la constelación de instituciones existentes en el nivel meso. Es en ella donde se generan las ventajas competitivas institucionales y organizativas, los patrones específicos de organización y gestión y los perfiles nacionales que sustentan las ventajas competitivas y que son difícilmente imitables por los competidores⁷.

Existen varios modelos de competitividad y hasta se podría afirmar que existen ventajas competitivas relativas. Algunas firmas norteamericanas de producción masiva clásica continúan siendo competitivas dentro de sus segmentos: los jeans, por ejemplo, continúan siendo el modelo de referencia. En la industria automotriz ya es otro el modelo que triunfa, el japonés. En las máquinas-herramienta se impone el esquema alemán o suizo del obrero calificado. Y en la indumentaria masiva triunfa el modelo italiano de los distritos⁸.

Retomando la conceptualización de Porter, su posición no está exenta de críticas y discrepancias. Algunos economistas señalan que un país no es lo mismo que una empresa y que el comercio internacional donde se sitúa la competencia de las naciones no es similar a la competencia empresarial. Cuando la empresa no es competitiva pierde su posición de mercado y, en el peor de los casos, puede verse forzada a desaparecer. Esto no sucede con los países. Quizás uno de los más severos críticos sea Paul Krugman, quien explica que la especialización industrial alcanzada por ciertos países en los mercados internacionales se debe al efecto de autorrefuerzo del éxito obtenido en el pasado más que a la dotación de recursos y a las características nacionales existentes en cada caso.

Lejos del debate sobre la competitividad abierto por Porter, que seguirá evolucionando y no conocerá descanso en el corto plazo, por lo pronto nos interesa destacar y alertar, desde una óptica competitiva, lo que está sucediendo en América Latina y el Caribe. En un reciente informe (Cepal 2000), se dice que han entrado en escena nuevos actores nacionales y extranjeros, y que un nuevo conjunto de instituciones y hábitos de comportamiento ha ido modificando la estructura económica y el debate

sobre las políticas de desarrollo. En este marco, parte del aparato productivo preexistente no ha logrado sobrevivir: una fracción por claras desventajas competitivas, otra por deficiencias en el sistema institucional de apoyo a la reconversión productiva y una tercera por inestabilidades macroeconómicas vinculadas al sesgo procíclico de algunas políticas.

El informe enfatiza que la región tiene hoy más empresas de «clase mundial», muchas de ellas subsidiarias de transnacionales o asociadas a grupos económicos nacionales, pero también más desempleo y subempleo estructurales, desaparición de empresas y pérdida de capacidades tecnológicas e institucionales, todo lo cual ha afectado adversamente la productividad de otra parte importante del aparato productivo.

Notas

1. Michael Porter: «Prológo» en Michael Fairbanks y Stacey Lindsay: *Arando en el mar. Nutriendo las fuentes ocultas de crecimiento en el mundo en desarrollo*, McGraw-Hill Interamericana Editores, México, 1999.
2. V. Klaus Esser y otros: «Competitividad sistémica: nuevo desafío para las empresas y la política» en *Competencia global y libertad de acción nacional. Nuevo desafío para las empresas, el Estado y la sociedad*, Instituto Alemán de Desarrollo-Nueva Sociedad, Caracas, 1999.
3. *Ibíd.*
4. Cepal: *Transformación productiva con equidad*, Cepal, Santiago, 1990.
5. Cepal: *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Cepal, Santiago, 1992.
6. V. Cepal: *Equidad, desarrollo y ciudadanía*, Cepal, Santiago, 1992.
7. Al respecto se puede consultar K. Esser y otros: *ob. cit.*
8. Benjamín Coriat: *Los desafíos de la competitividad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.